

Benedicto Chuaqui

Dos prestamistas



Si el lector hace memoria, recordará sin gran esfuerzo que, más o menos cinco lustros atrás, las noticias del cable venían atestadas de cruentos episodios de la guerra sostenida por Francia y España, en su empeño de lograr la posesión de Marruecos, cuyo territorio defendían los nativos con singular arrojo y valentía.

Esta guerra era terriblemente dura y se hizo en extremo odiosa para el pueblo de ambas naciones, especialmente España, en donde la juventud se daba cuenta de que era llevada a un sacrificio inútil, pues aquellos territorios no tenían tanta importancia en riquezas, ni representaban un alto ideal que estimulara a arriesgar la vida en una lucha llena de acechanzas y de las más inesperadas y crueles sorpresas.

Aquellos moros eran unos verdaderos demonios, y cuando aparentaban rendirse o parlamentar con los conquistadores, era cuando estaban más dispuestos a tender una emboscada en la cual las tropas invasoras sufrían los más espantosos castigos. Gentes de un fana-

tismo cerrado y de una ferocidad increíble, no tenían piedad con el prisionero, y de esta suerte fué sacrificada gran parte de la más granada juventud española. Iban a pelear llevados a la fuerza, y esto provocó en muchas regiones de la Península, el justo anhelo de evadirse de la absurda obligación. Fué entonces cuando de cualquier modo, comenzaron muchos mozos en edad de servir, a expatriarse voluntariamente y fijaron sus ojos en estos interesantes países de América, en donde podían tener posibilidades de fortuna con su trabajo y llevar una existencia tranquila.

Esta fué la razón de que nunca hubiera mayor corriente inmigratoria desde España, que por esa época. Los jóvenes, de cualquier manera buscaban los recursos para hacer el viaje, y trataban de escaparse de la Madre Patria que así se convertía en madrastra despiadada. La catástrofe de Amnal y otras por este estilo, repercutieron en el mundo entero, haciendo esta guerra cada vez más antipática en el concepto de la gente de sentimientos humanitarios.

Se encontrará entonces justificado el motivo para que un español más, llegara en busca de la hospitalidad americana. Venancio Jiménez, se llamaba nuestro hombre, y era por esa época un apuesto mozo, dotado de una gran inteligencia y de no menos simpatía personal. Limpio de corazón, ansioso de vivir y de trabajar honradamente, huyó de España cuando vió que estaba en candelero, o sea, listo para ser llevado a la degollina de Marruecos. Supo de un lejano pariente

suyo, don Faustino de la Vega, que vivía en Santiago del Nuevo Extremo, la ciudad que fundara el esforzado don Pedro de Valdivia, y hacia estas tierras encaminó su rumbo.

Don Faustino, lo recibió, como se dice, con los brazos abiertos. Era un hombre de buena posición económica, y seguía incrementando su fortuna al frente de su casa de préstamos «La Misericordia», a la cual ingresó Venancio en calidad de dependiente. Muy pronto su tío y patrón se percató de las estimables condiciones que adornaban a su pariente y lo hizo su hombre de confianza, sin eximirlo, por cierto, de las obligaciones que tenía el resto de sus empleados: dormir allí en el negocio, en un colchón colocado encima del mostrador, dentro del recinto cargado de las más raras emanaciones, que dejaba allí la abigarrada clientela que acudía al montepío en procesión interminable, llevando toda clase de prendas. Pues, tanto entraba una olla, como un par de zapatos, un colchón, una frazada o un terno recién comprado, que muchas veces se metamorfoseaba por otro raído y de color indefinible.

Era el desfile oscuro y triste de la miseria chilena o del vicio en muchas ocasiones. Del conventillo o del tugurio más infecto del arrabal surgía la más extraña gente, llevando todo aquello que podía representar algún valor comercial. Desmantelaban la casa muchas veces, para irse, sin almorzar, a las carreras, o para jugar a los naipes en los rincones de alguna can-

tina, en donde el dueño estaba siempre listo para sacar su parte del pozo de las ganancias.

Por este motivo los dueños de las agencias o montepíos no las tenían todas consigo. En los barrios apartados o desguarnecidos de vigilancia policial, no era raro que estas casas de préstamos fueran asaltadas por maleantes que sabían que allí dentro se guardaban gruesas sumas de dinero y prendas de valor, fáciles de empeñar en otra casa. Los dueños, en previsión de tan desagradable evento, dormían con sus empleados; sobre el mostrador, teniendo un arma al alcance de la mano. El negocio se cerraba a las doce de la noche y después se procedía a hacer el arqueo de caja y a etiquetar las prendas recibidas. Y de nuevo, a las seis de la mañana, las puertas se abrían para recomenzar la tarea. A pesar de la pobreza de las clases populares, eran éstas los que iban llenando los bolsillos de los agencieros, que después de unos pocos años empezaban a echar cuerpo y a emprender otros negocios de mayor vuelo, sin abandonar esa mina inagotable, que provenía de la angustia económica en que vivía el pueblo, tal vez en mayor grado que ahora, pues era muy inferior entonces su nivel de cultura.

Y no eran sólo los intereses usurarios los que hacían crecer la barriga de los agencieros y mostrar sobre ellas una cadena de oro cada vez más gruesa, sino las infinitas tretas de que se valían para explotar a la gente. En los remates, a los cuales salían las prendas no rescatadas en su plazo, acudían siempre «los palos

blancos», o sea, personas encargadas de adquirirlas para la misma agencia. Era un negocio que no estaba muy distante del robo descarado. Porque un efecto cuyo valor real era de cien pesos, se pasaba, cuando más, en préstamo, quince o dieciocho pesos. En el remate el palo blanco lo adquiría en veinticinco o treinta. Y después «la honorable casa» la vendía en cien. Si el comprador reclamaba de la carestía, pidiendo rebaja, el mozalbete recién llegado de España, contestaba imperturbable:

—No se puede. A la casa le cuesta más. Estamos en liquidación.

Lo cierto era que al que liquidaban era al pobre pueblo, que salía esquilmado de todas suertes en aquel tremendo latrocinio que felizmente fué reemplazado por una institución del Estado, que no puede sustentar una ambición usuraria, para aliviar momentáneamente los apuros en que se ve la mayor parte de la gente de entradas limitadas en los días difíciles de cada mes.

Existía por ese tiempo una Inspección de Casas de Préstamos, pero los funcionarios de ese organismo fiscal, solían hacer la vista gorda cuando los empeñantes iban a formular algún reclamo. Los dueños «aceitaban» los engranajes de la máquina, deslizando algunos billetes que producían un mágico efecto. Aquellos pobres empleados, con sueldos míseros, no eran capaces de resistir la tentación de una gentil invitación de los agencieros, que en esas ocasiones hablaban del difícil y mezquino negocio con una inocencia encantadora.

Y, como siempre hay alguien más listo que los más astutos, se comenzó a negociar con la compra de boletos de empeño. Muchos clientes se daban cuenta de su imposibilidad para rescatar sus prendas y entonces vendían el boleto por un precio ínfimo. El valor de la especie daba al comprador una buena ganancia al mercarlo en seguida. Mas, como contra siete vicios hay siete virtudes, los agencieros principiaron a parar mientes en el asunto. Y, ellos en calidad de virtuosos, hicieron milagros de metamorfosis. Un terno nuevo y flamante se convertía en uno manchado y raído. Una olla sin saltadura, en un cacharro inmundo. De este modo el negocio de los compradores de boletos se echó a perder por completo. Y estas artes de prestidigitación a veces se producían en el mismo día del empeño.

Con este motivo se formulaban espantosas discusiones que solían degenerar en un fenomenal escándalo de groserías en que las armas de grueso calibre iban de lado a lado del mostrador. Cuando se planteaba el reclamo en la Inspección, aquello se eternizaba en informes hasta formar gruesos legajos a lo largo de un tiempo en que ya empeñantes y agencieros se habían olvidado de la querrela. Por último, los agencieros, hombres previsores y «honorables», formaron una asociación con más de trescientos miembros y tomaron abogados excelentes, que les ayudaban a defender sus «ideales». Tan suculentas eran las sumas aportadas por aquellos comerciantes, que esa entidad mutual financió después una compañía de seguros. En este punto, aque-

llos españoles, casi todos gentes del pueblo, sin ninguna cultura, pero apasionados para discutir por cualquiera cosa sin importancia, fraternizaban y se unían férreamente en defensa de sus «elevados principios de honestidad comercial».

Sin embargo, nuestro amigo Venancio Jiménez, era hombre de cierto espíritu y de naturaleza bondadosa y jovial. Se sentía mal junto a aquel mostrador en donde se esquilma al pueblo de día y sobre el cual ellos dormían por las noches, rezongando en contra de las pulgas y de las chinches o peleando a zapatazos con las ratas que, con insolencia increíble, les pasaban por encima de las cabezas y hasta llegaban a morderles un pie o una mano, mientras estaban entregados al sueño.

Venancio era un muchacho pobre como la mayoría de la gente que emigraba de España, pero estaba acostumbrado a dormir a pierna suelta todas las horas de la noche, como manda Dios. Aquí, a veces ocupados en etiquetar prendas, en hacer arqueos y comprobaciones de documentos, se acostaban a las dos de la madrugada. Y al día siguiente, don Faustino, que parecía hecho de concreto armado, los llamaba a las seis de la mañana con voz tonante:

—¡Arriba, hombrez! Vamoz, que ya ez muy tarde. No ze puede perjudicar a la clientela!

Venancio añoraba su casa tranquila, su huertecillo, su trabajo al aire libre. Tenía pegado en los sesos aquel endiablado olor a naftalina. Lo sentía en la sopa y hasta en la boca de las mujeres en alguna furtiva es-

capada, por la noche de un sábado, a alguna casa de diversión. Aquella agencia, por la noche era una verdadera cueva de sabandijas ¡Qué extraños y espantosos hedores se desprendían de los paquetes oscuros! Era como un resumen del sudor de la gente pobre. En la obscuridad, con las puertas cerradas, aquello se hacía presente en forma insoportable. Y Venancio, de esta suerte, comenzó a enflaquecer, a perder el color hasta enfermarse de tal modo que alarmó a su propio tío.

En diversas circunstancias le había manifestado deseos de retirarse, y don Faustino, entre burlón y colérico, le respondía:

—¡Ca, hombre! ¿Qué te creez tú que en otra parte vaz a zer paje del rey? A donde vayaz zerá igual. ¡Hay que joderze para ganar laz puñeteras pezetillaz! ¡Ca, hombre, zi lo zabré yol!

Sin embargo, cuando lo vió tan desmejorado por la falta de sueño y por el aire de cloaca que allí dentro se respiraba, le dijo:

—Pues, no jodaz maz. Anda, anda, buzca tu alivio, donde quieraz. Buena zuerte, chico. Y aquí eztá tu caza, como ziempre.

Se portó como un príncipe con su sobrino. Le entregó con largueza todo el capitalito que Venancio había ahorrado allí durante su permanencia. Pero no en dinero.

—¡Vive Dioz! Dinero zi lo tienez, lo botaraz. Para manejarlo te falta experiencia, chico.

Y, en efecto, fué así. Venancio arrendó un simpático local en la avenida Independencia, en donde se instaló con un negocio de compraventa de ropa hecha. Allí, desde el primer día, la suerte entró por su puerta en forma de clientela, que diariamente le llenaba el cajón de dinero. Un par de meses bastó para que se transformara en un comerciante en regla: con libreto de cheques del Banco y relaciones comerciales de gran solvencia.

En aquel negocio, Venancio Jiménez, aprendió en carne propia una gran verdad. Y ella era que en este mundo no se puede ser totalmente, íntegramente honrado. De naturaleza bondadosa y de rectos sentimientos, hacía su negocio con la mayor escrupulosidad. Cobraba lo justo y se sentía feliz con ganancias equitativas. Pero ocurrió que este proceder, comenzó a echarle a perder el negocio. Cuando ofrecía una mercadería al más bajo precio, el cliente estiraba el labio con gesto despectivo, diciendo:

—Esto es muy ordinariazo, pues, casero. Búsqueme algo mejor, aunque cueste un poco más.

Entonces veíase obligado a ofrecer un pantalón o un par de zapatos de la misma calidad a un precio más alto. El cliente, satisfecho, con aire de entendido decía:

—Esto sí, pues, casero. Hay que comprar algo que a uno le dure. Más vale comprar prendas buenas y no estar todos los días gastando plata.

Así es—replicaba Venancio—y aunque en el fondo le dolía el engaño, no tenía más remedio que seguir

por ese camino, ante el empeño de aquella gente obstinada en creer lo falso y en burlarse de la verdad.

La vida tranquila, el trabajo sin apremio y el descanso dominical, además de dormir toda la noche como un ángel—si es que los ángeles duermen—le produjo a Venancio una sensación de bienestar tan grande que era casi felicidad. Y de pronto aquella salud, aquel vigor físico le fué haciendo presente una necesidad urgente, que allá en la agencia, falto de sueño e intoxicado de naftalina y otros insecticidas, no le preocupó gran cosa. Era el amor. Por las noches lo visitaban dulces y tentadoras imágenes en su sueño y al día siguiente amanecía inquieto, pensando en las redondeces de unas caderas, o en la dulzura tibia de una boca que se apretara a la suya, sintiendo la misma sed.

Visitó, como es natural, algunos lenocinios en donde las mujeres que traficaban con el amor le dejaban casi siempre una sensación de insatisfacción. No era eso lo que anhelaba. Como buen español, sentía la necesidad de una mujer suya que no lo expusiera, además, al peligro de una enfermedad cuyas consecuencias él veía a diario entre los conocidos que lo visitaban. Tampoco le atraía mantener una querida la cual, apenas él diera vuelta la espalda, le sería infiel.

Deseaba algo más. Una mujer que cuidara de la casa, que arreglara el cuarto y que preparara la comida. Y luego un par de chiquillos que alegraran el hogar con sus risas y sus llantos. El corazón de Venancio Jiménez, latía con fuerzas, pidiendo la tibia efusión de

un amor. Lo demás únicamente eran peligrosos pasatiempos que al final sólo traían desagradables consecuencias.

Al lado de su pequeño negocio, había una vidriería de un tal Aarón, un ruso de sonrisa acogedora y de maneras zalameras que venía a conversar con Venancio a cada rato, pues sólo los separaba una pared por medio. Don Aarón era un hombre joven, bien parecido, casado con una compatriota suya con la cual hacía una vida muy tranquila y sin complicaciones. Por lo que Venancio pudo ver, esa pareja se avenía muy bien y parecía quererse mucho. Ella era una israelita de formas opulentas, de ojos claros y vivos, magnífica cabellera rubia y una boca sensual, que hacía pensar en volcánicas pasiones. Sin embargo, no tenían hijos. La señora Ester realizaba con gran presteza los quehaceres domésticos y en seguida ayudaba a don Aarón en el negocio y a veces iba a atender los pedidos a domicilio, de su comercio.

La vecindad y el afable carácter de aquel matrimonio, hizo brotar pronto una corriente de viva simpatía entre ellos y Venancio. Solían convidarlo a comer, y allí en las conversaciones, el joven español podía apreciar de cerca la felicidad de sus vecinos que siempre estaban de broma cariñosa y mimándose como dos nenes, o arrullándose como los pichones en los días de primavera.

Esta misma circunstancia ahondó en Venancio su propósito de casarse. Departiendo con don Aarón, a la puerta de sus negocios, le manifestó un día sus pro-

yectos. Le hizo ver la soledad y al mismo tiempo, la poca alegría de ganar bastante dinero, cuando no se tenía con quien compartirlo. El ruso le oía en actitud de asombro, y a ratos de ausencia. Era como si en ese momento lo preocupara una obsesionante idea, o como si aquello que le explicaba Venancio fuera un problema complejo e imposible de entender.

Hasta que al fin le dijo con su manera pintoresca y enrevesada para hablar:

—Pero para qué necesita casarse, don Venancio, ahora que le va tan bien en su negocio. Usted, es joven y es ahora cuando tiene que juntar dinero para cuando ya las fuerzas se van acabando. Y para gozar de la vida hay que tener plata, créamelo. Para pensar en el matrimonio queda mucho tiempo y es una cosa muy seria, mi amigo. Es mejor esperar con calma.

Venancio lo miraba, desconcertado, hablar de ese modo. Allí en la vereda, viendo pasar la gente, le parecía que todos iban felices, menos él, que tenía, no obstante, cómo procurarse esa satisfacción. Un poco molesto le replicó a don Aarón.

—No pienso lo mismo, mi amigo. Tenga usted en cuenta que vivo solo. No tengo quién se preocupe de mi ropa, ni quién limpie el cuarto. Menos quién me haga un plato de comida a mi gusto. Eso de comer siempre por ahí en una pensión es muy fastidioso. además, yo soy joven y necesito una mujer, así como usted a su señora, don Aarón. Creo que me sobra la razón, para pensar en casarme.

Por los ojos del vidriero pasó una ráfaga de luz entre maliciosa y alegre. Dándole unos golpecitos en la espalda a Venancio le replicó:

—Sí, sí, está bien lo que usted dice. Mas, mientras tanto no se preocupe de eso todavía. Hay que tener mayor situación para que la mujer esté bien contenta, amigo. Yo lo sé bien. Y como si de pronto se le hubiera ocurrido una idea luminosa le agregó. Pero de todo eso no se preocupe más. A Ester le sobra tiempo y puede venir, desde mañana, a limpiar la casa y a preocuparse de todo lo que le haga falta. Somos vecinos y amigos. Verá usted como todo va ir muy bien.

Y, en efecto, desde el día siguiente, pese a las protestas de Venancio que no quería molestarla, comenzó la señora Ester a llevarle el desayuno, cuando éste aún no terminaba de vestirse. Frente al espejo, mientras se afeitaba, Venancio veía a la señora Ester, ir y venir por el cuarto, buscando las prendas que era necesario mandar al lavado o remendar. Después hacía la cama con rara expedición y cuando se inclinaba a estirar las ropas del lecho, dejaba en descubierto un par de piernas que incitaban a pensar en las intimidades de aquella mujer joven y hermosa, que simulaba la más perfecta e inocente naturalidad.

A veces la señora Ester se arreglaba la blusa y, como si estuviera sofocada, se la abría, para acomodarse la camisa y luego, con coquetería y gracia, decía a Venancio:

—Me dió un poco de calor.

Y de súbito, como si sólo en ese instante reparara que en la camiseta del vecino faltaba un botón, se abalanzaba hacia él, olvidando de abrocharse la blusa, en donde se insinuaba un seno redondo y blanco, para decirle en tono de reconvención:

—Pero, vecino, por Dios! y no decirme que le faltaba ese botón. A ver, a ver. No me demoraré un momento en arreglar eso. Deje, deje usted, vecino!

Un día, mientras Venancio tomaba su taza de café, ella se volvió hacia él, risueña y juguetona, y al pasar le dió una palmadita en la cara, como se hace con un niño, diciéndole:

—Qué lindo cutis tiene usted, Venancio...

Venancio sentía que el corazón salía de su ritmo habitual y que lo asaltaba un arrebató de pasión incontenible. La sangre le ardía en las venas. Entonces recordaba que allí, al lado, pared por medio, estaba don Aarón y que cualquiera locura tendría consecuencias desastrosas.

Pero como dice el adagio: la mujer es fuego y el hombre estopa; viene el diablo y sopla. Así le aconteció a Venancio Jiménez. Trató en vano de luchar con la tentación. ¿Cómo podía atentar contra la mujer de un amigo? De un vecino tan bondadoso como don Aarón, que le había dicho:

—Mi mujer le servirá en todo, don Venancio. En todo cuanto se le ofrezca. Créamelo usted.

Claro, dentro de lo correcto, pensaba Venancio, y no en aquella traición, a la cual doña Ester parecía

prestarse. Y de nada le sirvieron sus inquietudes moralizadoras, porque cuando el diablo sopló, vino a recordar esto, al ver que la guapísima doña Ester yacía en su lecho con el rostro transfigurado por el goce del amor.

Y los días siguieron dulces y sofocantes. Ester, muy lejos de esquivarle sus caricias, lo provocaba con ropas muy bonitas y con perfumes que antes no usaba. Los momentos en casa de Venancio se prolongaban tanto que a éste lo asaltaban súbitos y terribles temores. Pero don Aarón no sospechaba nada. Cada vez era más afable, más cordial, más risueño. De repente le preguntaba a Venancio:

—¿Qué hay, vecino? ¿Siempre piensa en esa tontería de casarse? Fíjese usted el disparate que habría hecho: ¿No es verdad que ahora se siente muy bien?

Y como si aquello de sentirse bien fuera motivo de gran regocijo, los dos se reían a grandes carcajadas y aunque Venancio, se encendía como la grana, don Aarón no reparaba en ese detalle. Era un hombre excelente. Y el joven español a ratos experimentaba el remordimiento de abusar en esa forma de un hombre que tanta efusión le concedía a la amistad.

Lo único que había cambiado en don Aarón era que ahora estaba continuamente quejándose de sus malos negocios y de sus apuros para cubrir el pago de vencimientos impostergables. Y, entonces, primero fué Venancio el que ofreció sacarlo del apuro, y luego, don

Aarón, ya teniendo la puerta abierta, lo asedió con solicitudes de préstamos cada vez mayores.

En Venancio se revolvía muy adentro aquella rebeldía del hombre que sabe lo que cuesta ganar el dinero. Mas, ¿cómo negarse? ¡Pobre don Aarón! El lo burlaba y siquiera ese dinero era una especie de indirecta compensación a la felonía en la cual los encantos de Ester lo obligaron a incurrir. No había más remedio que aguantar lo que viniera.

Don Aarón continuaba siempre efusivo y alegre. Eso sí que por las tardes se asomaba al negocio de Venancio, trayendo una letra o un cheque en canje, que le tenía que cubrir. Alguna vez quiso protestar, pero en ese momento recordaba la intimidad de Ester. Sus brazos que lo envolvían, su cuerpo suave y palpitante que se le entregaba, mientras sus labios lo arrullaban con palabras que no entendía, y que seguramente eran las más expresivas en la lengua de ella.

No era posible evadirse de las amables peticiones de don Aarón. A ese hombre el cual él burlaba le iba mal en los negocios. Y él proseguía ganando mucho en el suyo, aunque últimamente los compromisos con el vecino habían dado al traste con sus depósitos del banco y su negocio mismo comenzaba a desplomarse de mercadería.

Pero Ester, en los momentos de intimidad, o en los instantes de placer, en que Venancio le hizo ver esto, le replicaba:

—¡Pobre Aroncito! Es tan bueno. Y sus negocios

van mal, Venancio. Ayudémoslo. ¡Cuánto sufriría él si supiera lo que yo hago!

Empero, un buen día para don Aarón y trágico para Venancio, estalló un violento incendio en la casa del español. ¿Cómo pudo acaecer aquello? Era la ruina completa para el pobre Venancio que apenas tenía un insignificante seguro sobre su tienda. En cambio, don Aarón, que tenía unos cuantos marcos y vidrios, revueltos con unas cuantas oleografías, representando sandías, tomates, o pescados con ensaladas, cobró una excelente póliza. Nadie supo cómo pudo suceder aquello. La verdad es que don Aarón desapareció como por encanto de la escena, llevándose a Ester y con los bolsillos repletos.

Y Venancio Jiménez, por el hecho de que en su negocio había estallado el incendio, fué procesado por las compañías de seguros, que terminaron por meterlo en la cárcel. Allí debió, sólo entonces, descifrar las palabras de su amigo don Aarón, y meditar en su triste destino.

—Los amigos— le decía don Aarón, tienen que ayudarse. A Ester le sobra tiempo para atenderlo en todo lo que necesite, don Venancio. Créamelo usted.

Allí, en la cárcel, reflexionando largamente sobre su infortunio, Venancio pudo hallar la conformidad con su suerte, el mejor bálsamo para su profunda herida. Porque al fin y al cabo, no eran más que dos prestamistas.